Domingo 30 de julio de 1995

PRIMER PLANO

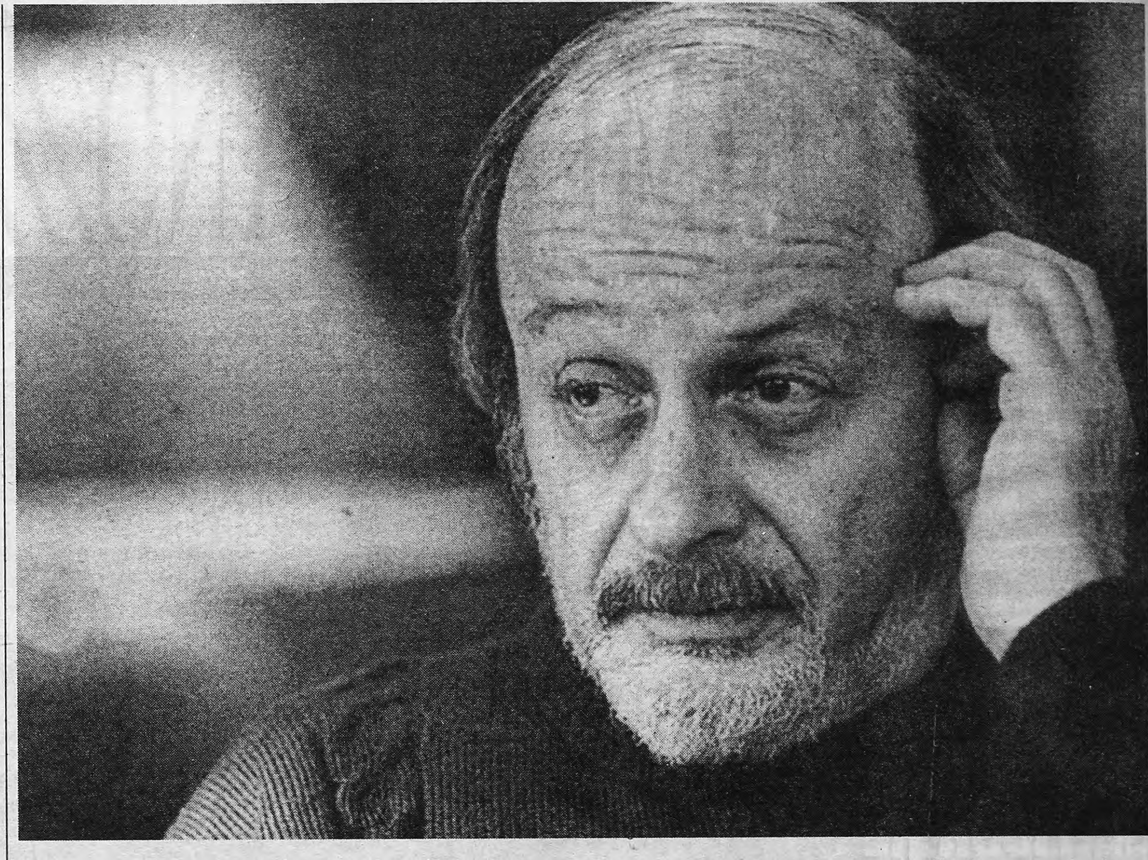
Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

EL ULTIMO LIBRO DE E. L. DOCTOROW

EL CICERONE DE NUEVA YORK

Quien recorra el itinerario que comienza con "El arca de agua", sigue con "Ragtime" y "Billy Bathgate" hasta desembocar en "El libro de Daniel" podrá descubrir toda la historia de Nueva York narrada por el más fascinante de sus guías: E.L. Doctorow, amante mayor de esa ciudad mayor. Este número de Primer Plano recoge algunas de las mejores páginas de su última novela, que aparecerá la próxima semana con el sello de Atlántida. **(Páginas 2/3)**



EL ARCA DE AGUA

E.L. DOCTOROW

Nadie tomaba al pie de la letra lo que Martin Pemberton decía; era demasiado melodramático y atormentado para hablar con claridad. Atraía a las mujeres gracias a esta condición; lo creían algo así como un poeta, aunque en realidad no era sino un crítico, un crítico de su vida y de su época. Por eso, cuando empezó a murmurar por ahí que su padre seguía vivo quienes lo oímos, y recordábamos a su padre, entendimos que hablaba de la persistencia del mal en general.

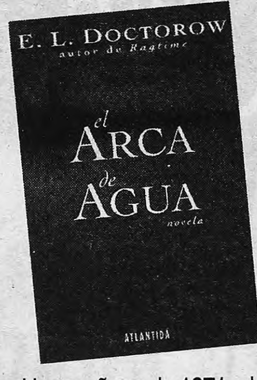
En aquello días el *Telegram* dependía, en gran medida, del trabajo de periodistas independientes. Siempre había sido hábil para distinguir a un buen colaborador y tenía un puñado de ellos a mi disposición. Martin Pemberton era, de lejos, el mejor, aunque jamás se lo habría dicho. Lo trataba como a todos los demás. Porque se esperaba de mí, era zumbón; porque mi citaran en las tabernas, era gracioso y, porque estaba en mi naturaleza, era bastante imparcial... aunque también tenía un gran interés por el idioma y quería que cada uno de ellos escribiera para mi aprobación... aprobación que, si alguna vez llegaba, sonaba mordaz.

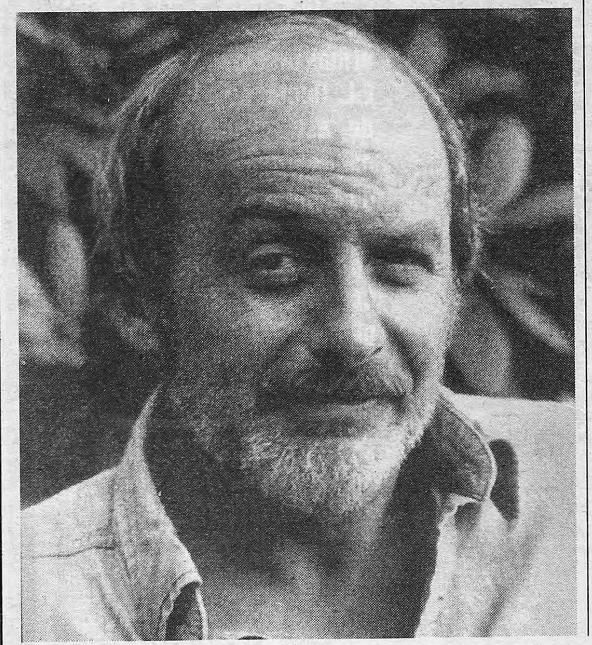
Desde luego, nada de todo eso daba resultados con Martin Pemberton. Era un joven melancólico y atolondrado, y no cabía duda de que tenía a sus propios pensamientos por mejor compañía que la gente. Ante el menor de los estímulos, abría y cerraba sus ojos grises espasmódicamente. Arqueaba las cejas y luego las contraía en un gesto ceñudo y, por unos instantes, se habría dicho que en lugar de mirar el mundo lo estaba perforando. Adolecía de un exceso de lucidez: parecía estar tanto más allá, en ciertos aspectos, que inmediatamente uno se sentía desfallecer en su presencia y experimentaba su propia vacuidad e impostura. La mayoría de los periodistas independientes son criaturas nerviosas y pusilánimes... llevan una existencia tan insignificante, después de todo... pero Martin era arrogante: sabía que escribía muy bien y jamás condescendió a mi juicio. Sólo eso habría bastado para que sobresaliese.

Era menudo, le empezaba a ralear el pelo y su rostro de facciones huesudas estaba siempre bien afeitado. Recorría la ciudad a zancadas, con el paso un poco rígido de alguien de mayor estatura. Solía bajar por Broadway, con su sobretodo del ejército de la Unión desabrochado, lo cual hacía que flameara a sus espaldas como una capa. Martin pertenecía a esa generación de la posguerra que veía corrosivas piezas de arte o de moda enel material militar. El y sus amigos eran pequeños enclaves de ironía en la sociedad. Una vez me dijo que la guerra no había sido entre la Unión y los rebeldes sino entre dos estados confederados y, por lo tanto, una de las dos confederaciones debía ganar. Soy un hombre incapaz de concebir a nadie más que Abe Lincoln como presidente, así que pueden imaginarse cómo me cayó un comentario de ese tenor. Sin embargo, me intrigaba la visión del mundo que escondía. Yo mismo no era exactamente complaciente con nuestra moderna civilización industrial.

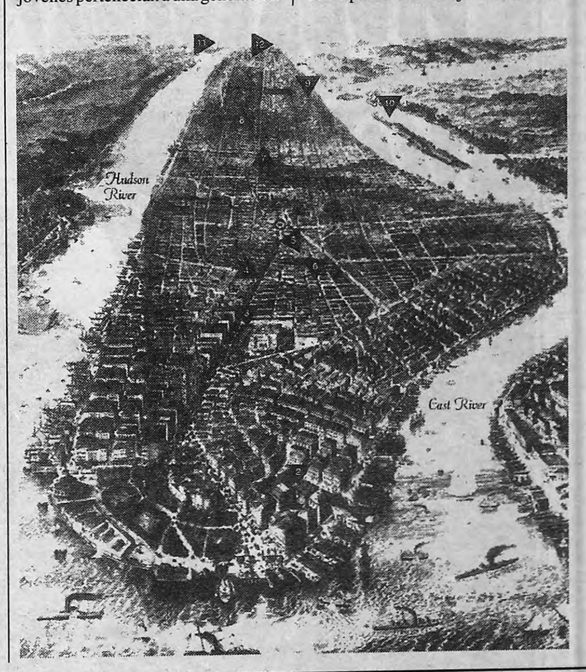
El mejor amigo de Martin era un artista: un joven corpulento y robusto llamado Harry Wheelwright. Cuando no importunaba a las viudas ricas para que le encargasen un retrato, Wheelwright dibujaba a los veteranos de guerra que encontraba en las calles... con la atención centrada en sus deformaciones. Yo juzgaba sus dibujos como el equivalente de las indiscretas pero inspiradas recensiones y críticas culturales de Martin. Y, como viejo lobo de prensa, aguzaba las orejas. El alma de la ciudad fue siempre mi tema y era un alma turbulenta, que se agitaba y retorcía sobre sí misma, que se daba nuevas formas, que se recogía para luego abrirse nuevamente como una nube alcanzada por el viento. Estos jóvenes pertenecían a una generación recelosa, sin ilusiones... revolucionarios, si se quiere... aunque quizá demasiado vulnerables como para conseguir algo. La desafiante sujeción de Martin a su propia época era obvia... pero no se sabía hasta cuándo sería capaz de soportarla.

No solía interesarme por los antecedentes de mis colaboradores. Pero, en este caso, era imposible desconocerlos. Martin provenía de la opulencia. Su padre era el difunto y archiconocido Augustus Pemberton, que había hecho lo necesario para avergonzar y mortificar a su descendencia durante generaciones pues, como proveedor del ejército del Nor-





Una mañana de 1871, el joven periodista Martin Pemberton cree ver a su padre muerto y se esfuma tras su pista. Su jefe en el diario "The Telegram" encara una doble pesquisa y se interna en una Nueva York de pesadilla, donde las máquinas comienzan a apoderarse de la voluntad de los hombres. En estas páginas se anticipa un capítulo de "El arca de agua", la última novela de E.L. Doctorow y una explicación de por qué una vez más interpreta a esa ciudad.



Manhattan en el siglo XIX

te, había amasado una fortuna durante la guerra con botas que se caían a pedazos, mantas que se disolvían en la lluvia, carpas que se desgarraban en las abrazaderas y telas de uniforme que desteñían. A todo esto le habíamos puesto el nombre de "baratijas". Pero las baratijas no eran el peor de los pecados del viejo Pemberton. Lo más significativo de su fortuna venía del flete de barcos negreros. Pensarán que el tráfico de esclavos estaba confinado a los puertos sureños, pero Augustus Pemberton lo hacía desde Nueva York... aun después de que hubiese estallado la guerra, tan tarde como en 1862. Se había asociado con unos portugueses, pues los portugueses eran los especialistas del tráfico. Fletaban los barcos a Africa desde aquí mismo, desde Fulton Street, y los traían de vuelta a través del océano con destino a Cuba, donde vendían la carga a las plantaciones de azúcar. Los barcos se echaban a pique, a causa del persistente hedor que se negaba a desaparecer. Pero las ganancias eran tan pingües que podían comprar uno nuevo. Y después, otro más.

Pues bien, éste era el padre de Martin. Entenderán por qué un hijo pudo elegir, como penitencia, la existencia desvalida del periodista independiente. Martin había estado al corriente de las actividades del viejo y, a temprana edad, se las arregló para que lo desheredara... la manera en que lo logró, la explicaré más adelante. Ahora señalaré que, para fletar barcos negreros desde Nueva York, Augustus Pemberton tenía que haberse metido en el bolsillo a los guardias del puerto. Las bodegas de un barco negrero estaban hechas para hacinar la mayor cantidad posible de seres humanos, a duras penas se estaba de pie... era imposible hacerse a bordo de un barco negrero y no darse por enterado. Por eso, no sorprendió a nadie que, cuando Augustus Pemberton murió después de una larga enfermedad, en 1869, y fue sepultado en la iglesia episcopal de Saint James, en Laight Street, los dignatarios más importantes de la ciudad se hicieran ver durante las exequias, capitaneados por el mismísimo Boss Tweed y los miembros del Ring –el fiscal de tasas y el alcalde– acompañados por varios jueces y una docena de ladrones de Wall Street... tampoco sorprendió a nadie que fuera honrado con importantes obituarios en todos los periódicos, incluido el *Telegram* ¡Ay de mi Manhattan! Lasgrandes estelas de piedra del puente de Brooklyn comenzaban a alzarse en ambas márgenes del río. Barcazas, paquebotes y buques de carga tomaban puerto a todas horas del día. Los muelles crujían bajo el peso de los cajones, de los barriles y de las balas que contenían todos los bienes de este mundo. Podría jurar que, desde cualquier esquina, me era audible la canción del telégrafo que viajaba por los cables. Hacia el fin del día mercantil, en la Bolsa, el jaleo de los teletipos llenaba el aire como si fuesen los grillos de un crepúsculo estival. Era la posguerra. Allí donde no encuentren a la humanidad encadenada a la Historia, están en el Paraíso, en el Paraíso inconsecuente.

No me pretendo un profeta, pero recuerdo lo que sentí algunos años antes, cuando murió el presidente Lincoln. Tendrán que hacerme confianza cuando les digo que esto, como todo lo demás que les cuento, es fundamental para el relato. Marcharon con el catafalco por Broadway hasta el depósito del ferrocarril y, por semanas y semanas, los restos de la muselina negra aleteó hecha jirones en las ventanas de las casas que estaban en la ruta del cortejo. La tintura negra cubría los frentes de los edificios, la tinta negra manchaba las marquesinas de las tiendas, de los restaurantes. La ciudad estaba perversamente quieta. No éramos nosotros mismos. Los veteranos que pedían limosnas delante de las grandes tiendas A.T. Stewart recibieron una lluvia de monedas descargada en sus latas.

Pero yo conocía mi ciudad, y esperaba que pasara lo que tenía que pasar. Después de todo, no había voces moduladas. Las palabras se gritaban, salían volando como perdigones desde los dos cilindros de las rotativas. Había cubierto los disturbios cuando el precio del barril de harina subió de siete dólares a veinte. Seguí a las bandas armadas de asesinos, que combatieron con el ejército en las calles y prendieron fuego al orfanato de niños negros, después de que se ordenara la conscripción de soldados. Había visto motines de conspiradores y sublevaciones de policías y estaba en la Octava avenida cuando los irlandeses católicos atacaron a sus compatriotas protestantes mientras estos desfilaban. Soy un defensor de la democracia, pero les digo que, en esta ciudad, he vivido épocas que me hicieron anhelar la paz sofocante de los reyes... esa ecuanimidad que tiene su origen en la genuflexión reverencial ante la luz cegadora de la autoridad real.

Por todo esto, supe que algún propósito dominante se encubría en la muerte del señor Lincoln, pero, ¿qué era? Alguna desalmada ecuación social debía abrirse paso desde la tumba de aquel hombre, para erguirse otra vez. Pero no me anticipé... llegaría una tarde húmeda y lluviosa de la mano de mi joven colaborador que, de pie en mi despacho, los hombros cubiertos por aquel sobretodo de la Unión que parecía más pesado que una capa de musgo, esperaba que yo leyera su artículo. No sé por qué siempre parecía llover cuando Martin andaba cerca. Pero aquel día... aquel día estaba hecho un desastre. Los pantalones, desgarrados y embadurnados; el rostro pálido, arañado y con cardenales. La tinta de su original se había desdibujado; en las páginas había manchas de barro y la portada estaba cruzada por la impronta de una mano, que parecía hecha con algo así como sangre. Pero era otra recensión desdeñosa, escrita con brillo, y demasiado buena para los lectores del *Telegram.*

–A algún pobre diablo le llevó un año de su vida escribir esto –le dije.

–Y yo perdí un día de la mía leyéndolo.

–Deberíamos decirlo en una entrevista complementaria. La *intelligentsia* de esta gran ciudad le estará agradecida por haberle ahorrado la lectura de otra novela de Pierce Graham.

–No hay *intelligentsia* en esta ciudad –dijo Martin Pemberton–. Es una ciudad de clérigos y periodistas.

Avanzó hasta detrás de mi escritorio y miró por la ventana. Mi despacho daba al Printing House Square. La lluvia bajaba como una riada sobre el cristal y hacía que todo lo que había afuera, los cardúmenes de paraguas,los carruajes, los coches infatigables del transporte público, pareciese moverse bajo el agua.

–Si quiere una reseña favorable, ¿por qué no me entrega algo decente que leer? –agregó Martin–. Déme algo para la columna de opinión. Le aseguro que mostraré mi aprecio.

–Eso no me lo creo. Usted odia todo. La grandeza de sus opiniones es inversamente proporcional al estado de su guardarropas. Cuénteme qué ha pasado, Pemberton. ¿Se cayó bajo un tren? ¿O no debería preguntar?

Obtuve el silencio por toda respuesta. Después, Martin Pemberton dijo, con voz atildada:

–Está vivo.

–¿Quién está vivo?

–Mi padre, Augustus Pemberton. Está vivo. Vive.

Arranqué esta escena de la corriente de momentos críticos que forman la jornada en un periódico. Unos segundos más tarde, Martin Pemberton se había marchado con un albarán en la mano; su original estaba en la bandeja que lo llevaría a la sala de composición y yo me encargaba de cerrar la edición. No me culpo. La suya había sido una respuesta oblicua a mi pregunta... como si cualquier cosa que hubiese sucedido sólo cobrara sentido para él en la medida en que evocara un juicio moral. Interpreté lo que había dicho como una metáfora, una forma poética de caracterizar la ciudad miserable que ninguno de los dos amaba, pero que ninguno de los dos podía abandonar



Nicole Kidman y Dustin Hoffman en la versión cinematográfica de "Billy Bathgate", dirigida por Robert Benton.

LA CIUDAD DE DOCTOROW

En la última novela de E.L. Doctorow, *El arca de agua,* Nueva York –como lo fue en la mayoría de sus novelas anteriores– es un personaje, tan quimérico como cualquier otro personaje de la historia. Esta vez es la ciudad de Boss Tweed. Antes fue la ciudad de Dutch Schultz (en *Billy Bathgate*) o de J.P. Morgan (en *Ragtime)* o de los Rosenberg (en *El libro de Daniel).* "Nunca tuve grandes planes literarios, la ambición de hacer que un libro se relacione con otro, pero resulta que Nueva York es como un hogar para mi imaginación. Algo bastante ventajoso: allí vivo", comenta. Doctorow habla de una manera agradable, pausada, como un dentista que promete que no va a provocar dolor. "Sucedió sin que lo calculara conscientemente; ahora, si se comienza por *El arca de agua,* que se desarrolla en 1871, y se sigue por *Ragtime* y *Billy Bathgate* y se termina con *El libro de Daniel,* se tiene un análisis de cien años de vida de Nueva York. Pero en realidad se trata de *mi* Nueva York. No soy un historiador ni un periodista. No es la Nueva York de Woody Allen. Y por cierto tampoco es la Nueva York de Edith Wharton. Es todo lo que Edith Wharton dejó afuera. Es sobre el resto de nosotros".

Continuó Doctorow: "La verdad es que no veo a mis libros como novelas históricas. Mi interés tiene más que ver con el mito que con la historia. Sin pretender compararme con Hawthorne, diría que *La letra escarlata* no es una novela histórica aunque describe un momento anterior a Hawthorne en ciento cincuenta años. Uno aspira a escribir un libro en el que la diferencia entre las épocas –el tiempo del autor y el tiempo del personaje– desaparezca. En cada era hay una presunción de modernidad. Nosotros tenemos las computadoras, el CD-ROM y todo eso, pero en 1871 tenían las rotativas, que alumbraron el diario moderno, y enviaban cables a través de hilos bajo el océano. En *El arca de agua* hay niños que venden flores o que se venden a sí mismos en las calles y hay niños que duermen en los pisos de los lugares donde trabajan. Ahora tenemos chicos que van armados a la escuela, una molicie espiritual aterradora. En esos días, los ricos se mudaban más allá de la calle 42 para evitar a los nuevos inmigrantes. Hoy, una vez más, sucede lo mismo: la gente se aleja para eludir a la nueva inmigración. Los tiempos son y no son diferentes. Cuando uno escribe sobre el pasado siempre refleja su propia época".

¿Qué clase de investigación histórica hace Doctorow para sus novelas?

"Investigo... bueno, no investigo más de lo necesario. No sé si hablar de investigación, aunque leo algunas cosas, camino por ciertos lugares. Una tarde crucial para la gestación de *El arca de agua* fue cuando estaba mirando por la ventana –vivo en el Village– y una niebla comenzó a descender sobre la ciudad. Comenzó a resbalar muy lentamente, ocultando primero al World Trade Center, luego el Woolworth Building, todo el siglo veinte. Al final sólo quedó el siglo diecinueve. Yo miraba el Village, salí entonces a caminar por Broadway, y pensé: ¡Estoy mirando la Nueva York de Melville! ¿Eso no es investigar?"

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Santa Evita*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la musa del peronismo y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario.	2	2
2	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	1	39
3	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental, desde los griegos a Sartre.	8	8
4	*Insomnia*, por Stephen King (Grijalbo, 29 pesos). Ralph Roberts es un reciente viudo que comienza a sufrir una paulatina pérdida del sueño, lo que no demora en permitirle vislumbrar una realidad aparte. La habitual maestría de King a la hora de narrar un pueblo chico y un gran terror en una de sus mejores novelas de los últimos tiempos sin por esto alcanzar las alturas de El resplandor o La zona muerta.	3	4
5	*No sé si casarme o comprarme un perro*, por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana –inusual heroína de esta primera novela– pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿la caricia cómplice de un perro labrador o la mordida rabiosa de los hombres?	4	7
6	*La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento. Un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, alguno que otro episodio amoroso y –como siempre– la mirada omnipresente del escritor bohemio donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con vertiginosa lentitud.	7	20
7	*El amor, las mujeres y la vida*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 24 pesos). Los mejores poemas de amor del escritor uruguayo en una selección realizada por el mismo Benedetti que recupera en este libro la vena erótica, en una perspectiva no disociada de la política y la militancia.	6	4
8	*Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	10	15
9	*Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de Peligro inminente y La caza del Octubre Rojo vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados: una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	5	16
10	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de La peste y El extranjero relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito.	-	18

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El palacio de la corrupción*, por Fernando Carnota y Esteban Talpone (Sudamericana, 14 pesos). Una investigación sobre los escándalos delictivos del Consejo Deliberante. Nombres y maniobras concretas que junto con las denuncias, los documentos y las causas judiciales, reconstruyen negociados en los que intervienen la droga y el enriquecimiento ilícito.	1	3
2	*La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado ¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?, el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la Nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	2	14
3	*La novena Revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	4	7
4	*Un viaje por la economía de nuestro tiempo*, por John Kenneth Galbraith (Ariel, 16 pesos). El autor sintetiza la historia económica mundial desde la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa hasta la era Reagan y las implicaciones de la caída del comunismo, pasando por la aparición del keynesianismo.	5	7
5	*Historia integral de la Argentina, III*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de Soy Roca. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo de Tucumán, la creación del virreinato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.	3	11
6	*Memoria a dos voces*, por François Mitterrand y Elie Wiesel (Andrés Bello, 18 pesos). Las memorias del ex presidente francés a través de una conversación con el Premio Nobel de la Paz de 1986. La carrera de Mitterrand, los problemas políticos contemporáneos y la religión son algunos de los temas que se abordan en el libro.	5	4
7	*Historias de la Argentina deseada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	7	15
8	*Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano, el filósofo del fútbol, habla de su vida y del deporte más popular del mundo.	9	13
9	*Borges, un escritor en las orillas*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 16 pesos). Un ciclo de conferencias que la autora dictó en la Universidad de Cambridge. Las hipótesis de estas conferencias rescatan básicamente dos líneas: la posición del autor de Ficciones ante la cultura nacional y las concepciones políticas que trasuntan sus textos.	8	7
10	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialismo, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	-	29

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Vikram Seth: **Un buen partido** (Anagrama). La nueva obra del autor de *The Golden Gate* es una novela extraordinaria, no sólo por su extensión (casi mil cuatrocientas páginas) sino por su voluntad decimonónica, que promete y cumple. Sobre el fondo sociopolítico de la India de los años 50 (tras la independencia del país y su traumática separación de Pakistán), se cuenta la historia de Lata, cuya madre le busca "un buen partido". Detrás de los distintos candidatos asoma una legión de personajes que iluminan las tensiones entre la modernización y las tradiciones de un mundo que aún asombra a Occidente.

Carnets///

ENSAYO

La verdad y otros inventos

NOMBRES Y LUGARES DE LA VERDAD por Etienne Balibar, Nueva Visión, 1995, 140 páginas.

La cuestión de la verdad es el eje fundamental en las reflexiones que recorren todas las disciplinas vinculadas al problema del conocimiento. Según el filósofo francés Etienne Balibar –coautor, junto a Louis Althusser de *Para leer El Capital* en la década del 70–, "la cuestión de la verdad en una u otra forma no puede separarse nunca de los emprendimientos filosóficos". Por esto mismo, se coloca en el horizonte de una "historia de la verdad" y se propone preguntarse acerca de ella en la diversidad de sus enunciaciones a través del tiempo. Un planteo formulado con la explícita intención de una "apuesta ética" que pueda desprender la dialéctica de lo "verdadero" y de lo "no-verdadero" del campo del tecnicismo, del psicologismo y de la moralidad.

Nombres y lugares de la verdad, aparecido en París el año pasado y que consta de cuatro ensayos acerca del tema, propone un recorrido acerca de esta cuestión ubicando algunos puntos de ruptura que permitirían una demarcación del progreso en distintos campos del saber del concepto de verdad.

El primero de los artículos presenta las posiciones de Hobbes y de Spinoza acerca de la relación verdad, lenguaje y sociedad. En Hobbes, Balibar observa dos pasos de lo que llama la "institución de la verdad" (la "puesta en vigencia de la verdad" y la "regulación semántica") que suponen un código individual regulado por el poder y el uso que se le puede dar desde el Estado. Este movimiento garantizaría una circulación social de la verdad en los ámbitos privados. Esta regulación de las significaciones presupondría la noción de una "verdad trascendental" al estilo kantiano. Por otro lado, Spinoza es presentado como el que desarrolla una "constitución de la verdad" en la inmanencia, exigiendo que "la evidencia intrínseca de las ideas sea completamente sustituida por las similitudes del lenguaje". Así, en este punto están en discusión las diversas modalidades de la adecuación de la verdad al lenguaje o a las ideas, y la subordinación de unas a otras.

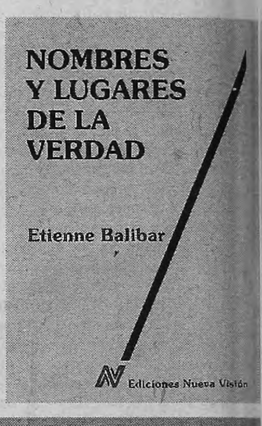
En este trabajo quedan expuestos los dos temas que pivotean el segundo ensayo: el lugar de la verdad y el tema de las ideologías. Retomando el tema del discurso como lugar de verificación o de instalación de este concepto, Balibar va desde Platón y Aristóteles –rescatando el planteo de ideología del primero respecto de la verdad– recorriendo las posiciones de Wittgenstein, Heidegger, Lacan y Freud e incluyendo temas que van desde la autorreferencia, el metalenguaje, la negación o el nombre de la verdad como otro.

Texto erudito, lleno de referencias que presuponen un lector informado sobre el tema y capaz de acompañar las reflexiones del autor, el libro permite un adecuado acercamiento a las profundas polémicas que plantea esta cuestión.

Justamente de eso se tratan los dos últimos artículos, al retomar la vieja discusión acerca del status de la verdad científica como modelo de objetividad y realidad deseables. Aquí se mencionan las relaciones de representación y de refutabilidad de las teorías científicas y se contraponen las posiciones epistemológicas de Georges Canguilhem y de Gastón Bachelard, comentadas con la ayuda de las reflexiones que Michel Foucault propusiera tanto en *Las palabras y las cosas* como en *La historia de la locura*.

El texto deja abiertas varias posibilidades para pensar el problema desde diferentes perspectivas, reunidas con un criterio que pretende indagar en aquello que se esconde detrás de estas polémicas y que es, con frecuencia, un rechazo del conflicto que propone el mismo tema.

EVA TABAKIAN



POESIA

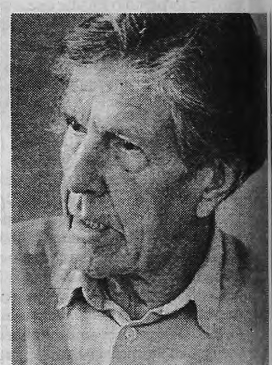
Verso medido

ALREDEDOR DE UNA JAULA. TENTATIVAS SOBRE CAGE, por Guillermo Saavedra. Biblioteca del Erizo, 1995, 64 páginas.

Los nombres de John Cage (1912-1992) y Marcel Duchamp (1887-1968) van, o deberían ir, siempre unidos a la hora de hacerse la tonta pero recurrente pregunta: "¿Qué es el arte?". Ambos demostraron –Cage para la música, Duchamp para las artes plásticas– que no existe ningún listado de características que nos permita determinar de antemano qué es qué. *Paisaje imaginario Nº4*, por ejemplo, es una pieza musical cuya ejecución consiste en sintonizar doce radios al azar, mientras que *Fuente* es un urinal verdadero exhibido como escultura. Lejos de constituir una licencia para el "vale todo", sin embargo, las obras de Cage y Duchamp señalan el momento en que el arte se convierte –ya que se interroga sobre su propio ser– en filosofía del arte. La música electroacústica y las "instalaciones" testimonian el impacto que tuvieron sobre sus disciplinas, impacto sólo superado por el que aún hoy ejercen sobre los filósofos profesionales.

De todas las artes, la literatura es la más reacia al borramiento de fronteras llevado a cabo por Cage y Duchamp. Para repetir el gesto del primero, Guillermo Saavedra hubiese podido pergeñar secuencias de sonidos guturales a lo Tzara o construir poemas, como William Carlos Williams, del todo idénticos a las notas que uno deja junto al teléfono para recordarle algo a su cónyuge. Por fortuna, el autor de *Caracol* (1985) y el libro de entrevistas *La curiosidad impertinente* (1993) es un poeta lírico y un crítico muy sagaz: sabe administrar sus dones, y sabe que los momentos históricos de Tzara o Williams ya son irrecuperables. En lugar de repetir un gesto, pues, prefirió poner en evidencia cómo la poesía de máximo rigor surge de imponerse un punto de partida arbitrario, casi insensato.

Alrededor de una jaula (jaula: cage) consta de cuarenta mesósticos, poemas de dos cuartetas en cuyo centro puede leerse –a letra por verso– el nombre de John Cage. Saavedra comenzó a ejercitarse en estos parientes finos del acróstico, que solía delinear el nombre de la amada a través de la primera letra de cada verso, en agosto del año pasado, para acompañar un concierto del Ensemble Halloween. Aparentemente, cosa que generará el agradecimiento de los lectores, el nombre de Cage contenía más poemas de los que sirven para contribuir a un concierto de música contemporánea.


John Cage

Casi todos los mesósticos de *Alrededor de una jaula* narran las peripecias de la sensación y terminan en alegrías o tristezas mínimas. El yo lírico está asordinado, no parece tener grandes deseos o rencores, pero por eso mismo la lectura del poema depara una angustia a la vez difusa y acuciante: *Comprar jazmines/ y dejarlos secos,/ hasta que el aire ahogue esa soberbia/ blanca.// Evocar/ el aroma: una plaga/ antigua,/ casi legendaria.* En su cuidadoso prólogo al libro, Arturo Carrera señala este efecto ("El mesóstico tiene algo de lápida") y brinda su apoyo a una aventura literaria radicalmente distinta de la suya. Si los tres volúmenes inéditos de Saavedra, y en especial los esperados sonetos de *La voz inútil* (1991), otro proyecto de "verso medido", tienen la contundencia de estos poemas que crecieron –literalmente– de John Cage, la literatura argentina se verá muy enriquecida.

EDUARDO GLEESON

DEMOCRACIA
El viaje inacabado (508 a.C. - 1993 d.C.)
Bajo la dirección de
John Dunn

ENSAYO

Democracia en apuros

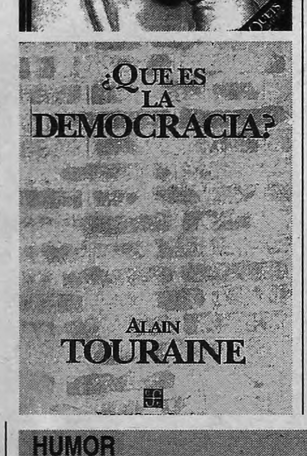
DEMOCRACIA, por varios autores, compilación de John Dunn. Tusquets, 1995, 366 páginas. **¿QUE ES LA DEMOCRACIA?**, por Alain Touraine. Fondo de Cultura Económica, 1995. 312 páginas.

Democracia y *¿Qué es la democracia?* señalan tímidamente los errores cometidos desde el siglo VI a.C., época de la creación del sistema en la antigua Grecia; su objetivo, sin embargo, es aportar soluciones para enderezar su rumbo. La conclusión es la misma: hay que defender el sistema democrático de cualquier forma. El peligro de los totalitarismos y los nacionalismos acecha a cada gobierno, dicen, y un abandono del sistema democrático inevitablemente conduce a un abismo sin salida.

Los catorce artículos compilados por John Dunn recorren la relación entre democracia e historia. Esto desemboca en pasajes y reflexiones no siempre felices: fácilmente los escritos caen en un ataque maniqueo contra la izquierda y el comunismo, o el feminismo que aparece retratado casi como un enemigo involuntario. Aun así, cada texto es un minucioso análisis sobre aquellos sucesos que modificaron el desarrollo del sistema: la Revolución Francesa, la caída del Muro de Berlín y el marxismo-leninismo; demuestra de qué forma en algunos confines del mundo el sistema es parte de la vida cotidiana mientras que en otros es tan sólo una excentricidad. *¿Qué es la democracia?*, el libro de Touraine, es una aguda reflexión sobre los elementos más representativos de la democracia en la actualidad y un análisis pormenorizado de todas las patologías del sistema. Menos preocupado por lo histórico, se interna en los debates más actuales de la ciencia política: el desarrollo, la limitación del poder, la cultura democrática, la religión y las ideologías. Los lugares comunes son obvios: la libertad, el rol del pueblo y de los movimientos sociales, la ciudadanía y las instituciones son temas recurrentes durante toda la obra.

Por lo tanto en *Democracia* como en el libro de Touraine hay dos importantísimos elementos ausentes: el Estado y los partidos políticos. Y de ellos parten los grandes conflictos y los grandes debates que actualmente debe afrontar el sistema. *Democracia* y *¿Qué es la democracia?* son dos libros fundamentales para entender a la forma de gobierno más antigua y duradera. Los artículos de John Dunn ejercitan la revisión del papel de la democracia en la historia y sus enfrentamientos con los procesos políticos. El libro de Touraine reflexiona sobre los ingredientes que hacen al desarrollo de la democracia y de los enemigos que atentan contra su existencia. Pero ambos libros funcionan, en definitiva, como una defensa más que una búsqueda de las soluciones a los conflictos que la desdibujan.

BLAS MARTINEZ



FICCION

Vacaciones imposibles



NO TE OLVIDES DE MI, por Susana Silvestre. Espasa Calpe, 1995, 238 páginas.

Indolente como el verano –que, para peor, es sofocante y porteño–, el tiempo pasa despacito en *Acuérdate de mí:* en un presente moroso se cuentan los quince días de vacaciones que La Mujer pasa en su casa, intentando encerrarse en la historia de una novela que compró con el fin de abstraerse, doblemente. Pero suena el teléfono, tocan el timbre, la mente se le escapa al pasado o una carta se desliza del libro: una conspiración de historias impide la normal, esperada lectura. Una tras otra, muchas mujeres van interponiéndose entre La Mujer y su descanso.

Si el grandilocuente nombre del personaje asusta, es menester advertir que Susana Silvestre tiene la buena costumbre de apelar al humor cuando escribe, lo cual no termina con su curiosidad –por así decirlo– social. Por otra parte, en una novela anterior, *Mucho amor en inglés*, la protagonista rastreaba a la nena (una diferencia: las minúsculas); en la escritura de teatro (en 1989 se estrenó *Donde no crecen las rosas)* puede encontrarse parte de su pasión por el prototipo.

Más de veinte sucesos, algunos de ellos encerrados dentro de otros, no todos ajenos, se van asomando a las vacaciones de La Mujer, en cuyo camino comprensiblemente aparece la famosa cita del Bartleby de Melville: "Preferiría no hacerlo". Empieza Estela, que en un Solos & Solas se encuentra con un imposible Elvis del Abasto; sigue Gaby, que entró con un menor de edad a un hotel alojamiento para salir sola, porque el chico se llevó por delante una columna y tuvieron que sacarlo los médicos; luego aparece Constanza, cuya madre fue violada y asesinada en su propia casa; más tarde, La Pantera, fulgor en la mugre de un regimiento; y Lorena, un director general, Marianne, un novio gay, Ailin, unos chicos mirones, un patético acosador de parque de diversiones, La Nadadora, y siguen las firmas. El universo de lo femenino vuelve a ser contado en fragmentos, como si armaran una historia mayor.

"¿Sabés lo que yo haría en el final, cuando Ernesto empieza a tirar flores?: le pondría música de bolero, 'espérame en el cielo, corazón, si es que te vas primero...' ¿te acordás? Almodóvar lo usa en *Matador*. Y además le pongo ese título: *espérame en el cielo* o *acuérdate de mí*. Total, ya que es melodramática que lo sea bien, en serio, con todo", cita Silvestre el título de su tercera novela. Lo hizo antes: "Había autoadhesivo con predominio de corazones y agregados de dibujos hechos por la nena con esos colores frenéticos y mucho amor en inglés". Esta vez no elige referirse a las canciones que escuchaba la nena: cita la *Divina Comedia* .

"–Esperá –dijo la mujer–, anotá esto: 'Cuando vuelvas, ¡ay de mí!, al mundo y hayas reposado de tu largo viaje, acuérdate de mí, que soy La Pía'.

"La Nadadora sonrió.

"–Por qué La Pía le pide eso al Dante –preguntó La Mujer–, qué quiso decir.

"–Y qué sé yo. Se puede pensar que deseó que los suyos supieran de ella (...) O tal vez, simplemente, quiso que alguien contara su historia."

LAURA TABOADA

HUMOR

Estampas deportivas

EL PICADO, por Juan Carlos Muñiz y Raúl Fortín. Ediciones de la Urraca, 1995, 120 páginas.

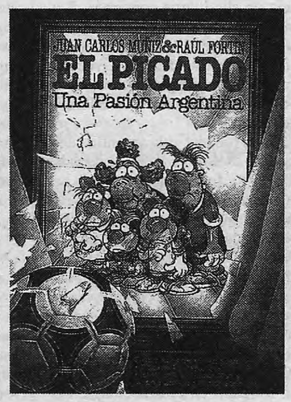
Hay textos en los cuales sus autores exigen –con mayor o menor fortuna– cierta complicidad del lector (narrando sucesos cotidianos, intentando guiños previsibles o estimulando pasados). Hay otros que, al romper los límites difusos entre creación y lectura, se transforman en libros de todos. No leídos: escritos por todos.

Es el caso concreto de *El picado*, una recopilación de datos tendiente a desentrañar todos y cada uno de los aspectos (sean estos geográficos, sociológicos, políticos o económicos) sobre los que se sustenta el pasatiempo más popular de la Argentina. Sus realizadores son los periodistas Raúl Fortín (*Billiken*, *La Nación*, *Humor*) y Juan Carlos Muñiz (*Humor*, *Sex Humor* y guionista de "Tato Diet" y "Juana y sus hermanas"). Y contaron, además, con los testimonios de vida de periodistas-escritores-futbolistas –tachar lo que no corresponda– como Juan Sasturain, Roberto Fontanarrosa, Ezequiel Fernández Moores, Carlos Polimeni y Mario Tobelem.

Si los creadores de la *Historia de la vida privada*, la cuarta generación de la escuela de los Annales en la que militan Georges Duby, Philippe Ariés, Gérard Vincent, Michelle Perrot y Roger Chartier, entre otros, hubieran preferido –en un gesto chauvinista– entender sólo la sociedad argentina en lugar de su amplio recorrido universal, deberían haber visitado los potreros y baldíos que se distribuyen a lo largo y a lo ancho de todo el territorio nacional. Remedo de esa falta, tanto la fauna (los jugadores) como la flora (el terreno) de esta variante del fútbol sin límites precisos son estudiados a fondo en este libro con dos objetivos claros: A) crear y recrear las condiciones históricamente tradicionales para la constitución y desarrollo del mencionado deporte y B) mover a risa. Ambos propósitos, tan temibles como dificultosos a la hora de ser trasladados al papel, se cumplen con creces.

En estos tiempos de fútbol-5 techado y nocturno, de canchas con alfombra de pasto sintético, parquet encerado o baldosones verdes y falsas tribunas de vidrios irrompibles o alambrados de colores chillones, y sin desmerecer sus virtudes, el picado sigue ocupando –los domingos a la mañana, bien temprano, aunque haya diluviado un día antes– el sitial de honor para enfervorizadas masas anónimas masculinas.

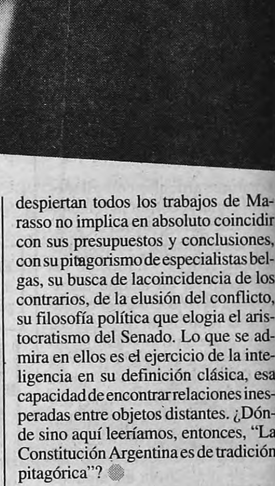
Muñiz y Fortín, herederos de un lenguaje preciosista, mezcla sutil del dolinesco y del fontanarroseño, logran mantener viva la tradición de este invento rioplatense, tan entrañable como el siempre presente dulce de leche y el ya prehistórico colectivo con monedas. La galería de personajes analizados, así como el estudio de los accidentes del campo de juego, forman la escenografía y coreografía perfectas para la comprensión del picado. Así, morfones o despreocupados, jóvenes o viejos de vestimentas estrafalarias, gordos de pantalón largo y mocasines, quejosos, hábiles y troncos corren por entre cascotes, charcos, yuyales y árboles imprevistos con el único objeto de hacer entrar una pelota (tan martirizada como querida) por el medio de dos pilas deformes de bolsos, bidones de agua y camperas que ofician de postes.



El picado fomenta el placer de la lectura en grupo, motivando el típico "mirá, mirá si éste no es igual que Mengano" del narrador al público. Además, se constituye en un libro imprescindible, ya que cualquiera que haya asistido a uno de esos eventos puede escribir la última página antes de preparar el bolso y salir a recorrer potreros.

OSCAR AGUIRREGARAY

EL CRITICO ANACRONICO



ALFREDO GRIECO Y BAVIO

Una figura de crítico falta en las letras argentinas. El fenómeno es ciertamente global y quizás sea aún más peligroso en Estados Unidos y Europa –por el reflujo inevitable que traerá sobre nosotros–, donde es menos explicable por la ausencia de sus condiciones materiales más básicas e imprescindibles. Se trata del crítico erudito, el *scholar critic* anglosajón.

En líneas amplísimas, este tipo de crítico se caracteriza por tener con los materiales con que trabaja –sobre todo con aquellos que provienen del pasado– una relación interna, propia de un conocimiento que no se limita a aprovechar, dándolos por buenos sin ulterior examen, los resultados que pueden consultarse en las enciclopedias y demás útiles. Es una división del trabajo que socava complacientemente sus propias posibilidades, como si el trabajo sucio quedara en manos de quienes por sus limitaciones no pueden respirar el oxígeno puro del aire en las alturas, como si la producción intelectual reflejara así la jerarquía académica de una cátedra. La *teoría* y los *estudios* lo han desplazado definitivamente de su posición otrora hegemónica en la academia, como última pero indiscriminadamente arrasadora etapa en la progresiva liberación del positivismo y del culto por el dato empírico que signaron a la segunda mitad del siglo XIX. Fuera de la academia, debido a los cambios cuantitativos y cualitativos producidos en el público lector, el *scholar* independiente ve limitado su efecto al limitársele las posibilidades de publicación.

Cuando vemos con qué nos conformamos, nos damos cuenta de lo que hemos perdido.

La aparición de *Fervor Silencio Tiempo**, última y ya póstuma recopilación de estudios reunidos por Arturo Marasso, permite reencontrar esa figura de crítico perdida, con prescindencia de sus logros concretos. Raimundo Lida y Martínez Estrada, para citar sólo dos ejemplos enteramente disímiles, la encarnaron con mayor perfección, y sin embargo la obstinada individualidad de Marasso persiste asordinadamente.

La figura del crítico erudito, del "scholar critic" anglosajón, es, salvo excepciones, una ausencia en las letras argentinas. Está Ezequiel Martínez Estrada, está Raimundo Lida. Y está Arturo Marasso, de quien se publicó una selección de estudios: "Fervor Silencio Tiempo". En esta página, un perfil de un intelectual injustamente olvidado.

La suya fue una vida argentina desplegada sobre ocho décadas (18901970). Inicios debidamente pobres, riojanos y modernistas (Carta de Rubén Darío: "Mi querido poeta: Dígame si quiere que le busque un editor"). Cátedra de Composición y Gramática en la Universidad de La Plata y posterior jubilación compulsiva en vísperas del peronismo (imagen de film soviético: la columna de alumnos para escuchar su última clase se extiendedesde la estación de trenes hasta el Aula Magna). Oficios ancilares. Enfermedad y muerte de su mujer Berta Gómez (sobre esto publica, en 1949, el *Libro de Berta*: rara violación, en las letras nacionales, a las reglas del pudor viril). Venta, a un precio irrisorio, de su biblioteca, posteriormente saqueada.

La fama pública de Marasso se encuentra hoy en decidido eclipse. En 1967, Héctor Ciocchini dedicaba un libro entero a estudiarlo. Allí lo definía como a "un iniciado". Hoy se ha convertido en un escritor para iniciados. La bellísima edición de Fata Morgana no lo promete, precisamente, a una masa de lectores. Fue preparada por el mismo Ciocchini, también ex profesor, crítico y poeta, quien conoció los horrores de los setenta que le fueron ahorrados a Marasso. Los sucesivos estudios se ocupan del Siglo de Oro en general y de la poesía culta y mitológica de Góngora en especial, de alquimia, de hermetismo, de Homero, de estoicismo, o de los avatares de *motivos* o *tópicos* literarios: las flores, la utopía y el reino de Saturno, Diana, los epítetos. La enumeración del contenido limita en verdad a los artículos, siempre más ricos en consecuencias de lo que sus títulos anuncian. El aparente descuido y el cuidado desaliño con que se ordena la erudición vuelven legibles los textos. Para cervantistas profesionales, que vuelan presurosos a congresos auspiciados por banqueros mallorquinos, tal vez nada digan las páginas de Marasso. ¿Cómo *citar* a un autor así, finalmente más rico en ideas que en precisiones, siempre fuera de un foco preciso -al estilo de "El mito grecolatino y la voz femenina en el *Quijote* de 1605"–?

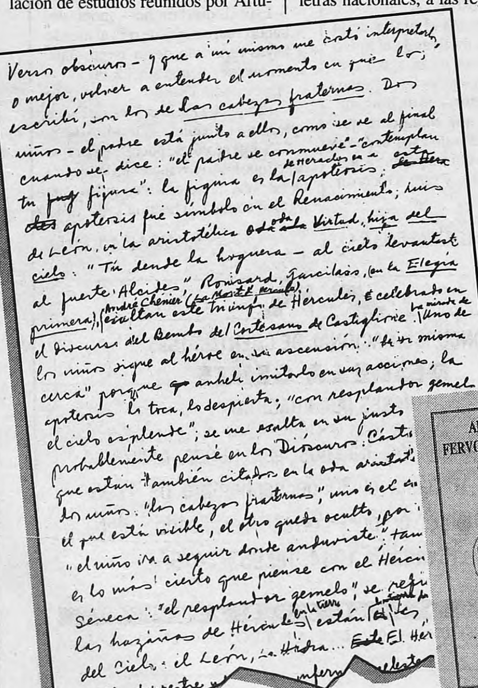
La crítica produce sus conceptos y operaciones propias, domésticas, bajo la protección de conceptos y metáforas importadas, pedidas en préstamo al estado existente de las ciencias (humanas y otras) y al horizonte de mundo ideológico en que esas ideas se impregnan. Esto vuelve fechable a un texto (crítico), pero también *fechado*. Nada menos fechable que los textos de Marasso. No por una imposible proeza de vaciamiento ideológico, sino por su radical indiferencia al momento en que fueron escritos. Tienen, sí, un aire arcaico. Marasso parece haber renunciado a la inmediatez, y sabido que ganaría su proceso sólo en segunda instancia, después de haber apelado.

Es una verdad trivial que todas las literaturas son pródigas en *críticos secretos*. Cuando alguno es redescubierto, especialmente si el rescate fue una cruzada personal en universidades americanas o francesas, las resonancias pueden ser universales y las quinceañeras que perdieron a tres-por-una virginidad, adolescencia y juventud escriben en sus provincias trabajos dictados por el nuevo maestro. Quienes leen crítica literaria no se prohíben leer la que se escribió sobre obras de las que tienen las nociones más nebulosas; la universidad y el periodismo unen sus esfuerzos y nos entrenan con éxito para ello. Sin embargo, alguno de los autores sobre los que mejor escribe Marasso, como el improbable Maurice de Guérin, puede parecer ahora especialmente recóndito. Otras veces, aquel secreto se debe a la facilidad con que esos críticos franquean límites, a la dificultad para clasificarlos.

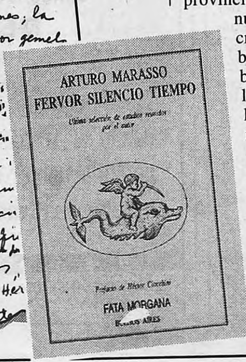
Ni siquiera esto ocurre con Marasso, tan local, tan restricto, tan poco apto para ciertos prestigios: su destino fue el Gran Premio de Honor de la SADE (1965) o que un relativo apoliticismo le consiguiera que en 1977 bautizaran con su nombre una biblioteca. Ninguna de las hegemonías críticas contemporáneas o posteriores reivindicó para sí a Marasso; fue irrecuperablemente anacrónico. Algunos candidatos, por su afinidad con el método y la manera de Marasso, que no respondieron al llamado: la estilística, el psicoanálisis sustancial, la crítica temática, ciertas vertientes de la hermenéutica.

Por cierto, el inescapable interés que despiertan todos los trabajos de Marasso no implica en absoluto coincidir con sus presupuestos y conclusiones, con su pitagorismo de especialistas belgas, su busca de lacoincidencia de los contrarios, de la elusión del conflicto, su filosofía política que elogia el aristocratismo del Senado. Lo que se admira en ellos es el ejercicio de la inteligencia en su definición clásica, esa capacidad de encontrar relaciones inesperadas entre objetos distantes. ¿Dónde sino aquí leeríamos, entonces, "La Constitución Argentina es de tradición pitagórica"?

** Por Arturo Marasso. Prefacio y post-scriptum de Héctor Ciocchini. Fata Morgana, 1994.*



Verso obscuro – y que a mí mismo me está interpretar, o mejor, volver a entender el momento en que lo escribí, son los de las cabezas fraternas. Dos niños – el padre está junto a ellos, como se ve al final cuando se dice: "el padre se conmueve" – "contemplan tu figura": la figura es la apoteosis; esta apoteosis fué símbolo en el Renacimiento; luis de León, en la aristotélica oda a la Virtud, hija del cielo: "Tú desde la hoguera – al cielo levantaste al fuerte Alcides," Ronsard, Garcilaso, (en la Elegía primera), André Chénier (La Mort d'Hercule), exaltan este triunfo de Hércules, celebrado en el Discurso del Bembo del Cortesano de Castiglione. Uno de los niños sigue al héroe en su ascensión: "de sí misma cerca" porque yo anhelé imitarlo en sus acciones; la apoteosis lo toca, lo despierta; "con resplandor gemelo el cielo esplende"; se me exalta en su justo probablemente pensé en los Dióscuros: Cástor que están también citados en la oda aristotélica los niños: "las cabezas fraternas"; uno es el que está visible, el otro queda oculto, por "el niño ira a seguir donde anduviste"; tam es lo más! cierto que piense con el Hércu Séneca: "el resplandor gemelo", se refi las hazañas de Hércules ... El Hér del Cielo: el León, la Hidra ...



ARTURO MARASSO
FERVOR SILENCIO TIEMPO
FATA MORGANA

"ESTAMOS MAL PERO VAMOS

EL HUMOR EN

He leído la carta* en la que Diego Mileo, editor de la colección La Mandíbula Mecánica, editorial Planeta, responde al titular de Ediciones de la Flor, Daniel Divinsky, a partir de la nota aparecida en este suplemento bajo el título "Estamos mal pero vamos bien" y quisiera hacer algunas observaciones.

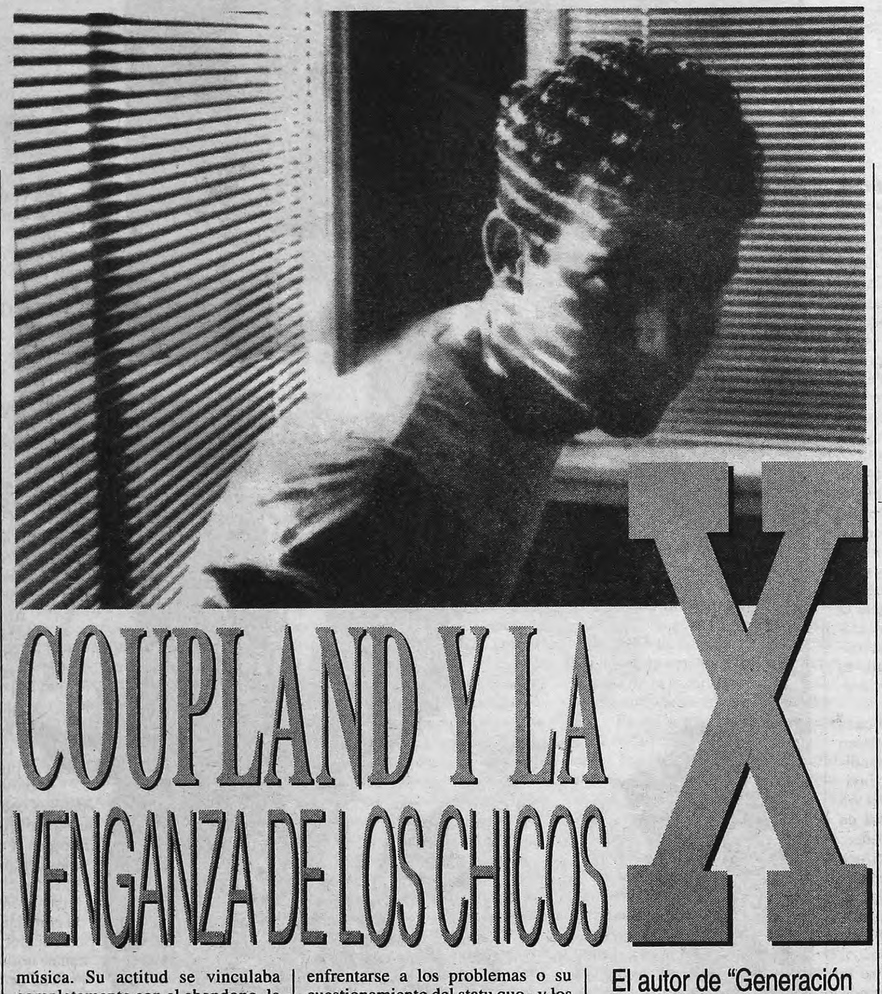
Mileo se extraña porque Divinsky llama "la nada entre dos tapas" a los libros de chistes de gallegos, siendo él mismo editor de libros de recopilación de chistes.

Desde hace cuatro años a esta parte, unas diez editoriales argentinas han publicado libros de chistes: (Shalom, La Urraca, De la Flor, Planeta, Sudamericana, Porteñas, Manrique Zago, Alfaguara, Cambio y otras). A esta altura debería resultar evidente que los "libros de chistes" constituyen un pequeño género, dentro del cual hay autores, recopiladores y editores. Entre tanta variedad habrá libros buenos y otros malos.

Hay autores que estudian el fenómeno del chiste popular y buscan la manera efectiva de contarlos, recopilarlos y contextuarlos, hay libros de chistes cuya factura demoró años y cada chiste tuvo su recolección, redacción y añejamiento. Hay otros cuya única preocupación es acumular muchos chistes para "vender", sin importar demasiado qué es lo que se vende. Hay chistes que son verdaderas "filosofías de vida" y otros que son simples "agresiones disfrazadas de chiste". Hay autores reconocidos en el terreno del humor y de la literatura como Ana María Shua, Luis Landriscina, Eliahu Toker, Aquiles Fabregat y quien escribe esta nota. También hay libros que intentan esconder cualquier posible autoría.

Finalmente, como no puede ser de otra manera, hay chistes buenos y chistes malos, y libros de chistes buenos, y otros malos. De modo que así como la crítica de una novela no implica desacreditar el género, criticar un libro de chistes tampoco desacredita al género en su totalidad. Tomar la parte por el todo es, de alguna manera, usar el viejo recurso de decir "quien me critica a mí critica la democracia, o la estabilidad". Nada más falso.

Se pregunta Mileo si son "serios" los libros de chistes que venden 10 o 15.000 ejemplares, al lado de los "chistes de gallegos" que superaron, según afirma, los 600.000. Es otro terreno discutible. Que un libro tenga una venta masiva lo único que señala es el éxito de ventas –lo que no es poca cosa– pero no su calidad. De otra manera, deberemos pensar que Tinelli o "Nico"



COUPLAND Y LA VENGANZA DE LOS CHICOS X

El autor de "Generación X" y "Planeta Champú" –que acaba de publicar en Estados Unidos otra novela, "Microserfs"– da recetas para no caer en las trampas del mercado y seguir perteneciendo a la última onda joven sin que se note.

DOUGLAS COUPLAND

Hace cinco años, cuando tenía veintiocho, escribí un libro llamado *Generación X*. Contaba la historia de tres extraños personajes que decidían alejarse de la sociedad y trasladarse a la costa de Palm Springs en California, donde trabajaban en monótonos empleos en lo más bajo de la industria alimentaria. Pasaban su tiempo juntos tratando de reformular sus identidades individuales en un nuevo paisaje físico donde la memoria personal trata de hacerse un lugar entre las imágenes del consumo. Mientras buscaban algún sentido, los tres sentían que su viaje había sido más un acto de salud que de negación; su visión del mundo era al mismo tiempo irónica y sentimental y reflejaba una manera de pensar que hasta entonces no había visto testimoniada en ninguna parte.

El título del libro no provenía de la banda de Billy Idol, como supusieron muchos, sino del último capítulo de un divertido libro de sociología de Paul Fussell sobre la estructura de clases norteamericana llamado *Clase*. En el último capítulo Fussell nombraba con una "X" a una categoría de personas que pretendía pasar de largo del círculo feliz del status, del dinero y de la movilidad social que tan frecuentemente rodea la existencia humana. Los ciudadanos de X tienen mucho que ver con mis personajes socialmente desenganchados; de allí el título. El título del libro también permitía a Claire, Andy y Dag permanecer como individuos enigmáticos al mismo tiempo que los hacían sentir parte de un grupo mucho mayor.

La pequeña edición de *Generación X* en marzo de 1991 no tuvo publicidad y casi no fue comentada en los medios. Pero ese verano un tejano de mi edad llamado Richard Linklater realizó la película *Slacker (Indolente* o *Desertor)* que estaba llena de gente perdida, sobreeducada y subocupada que se parecían remotamente a los personajes de mi libro. Y en Seattle estaba explotando una nueva forma de música. Su actitud se vinculaba completamente con el abandono, la contemplación y la búsqueda de los márgenes –aunque con la perilla del volumen puesta al mango. Para la perspectiva de los medios, dos no significa nada, pero tres ya es una tendencia. Así nacieron las más abusadas palabrejas de principios de los noventa: "generación X", "slacker" y "grunge".

Los problemas comenzaron cuando los descubridores de tendencias empezaron por todas partes a aislar pequeños elementos de la vida de mis personajes –su manera espontánea de enfrentarse a los problemas o su cuestionamiento del statu quo– y los usaron para representar a toda una generación. Parte de este equívoco surgió de los hijos de la posguerra quienes, sintiéndose castigados por la recesión y perturbados por sus propias concepciones del compromiso surgidas en los 60, comenzaron a transferir su oscurantismo colectivo hacia el grupo tratando de apoderarse de sus luminarias. ¿El resultado? La generación X fue considerada como un monstruo. Sus protestas se volvieron "quejas", ser amable se convirtió en "indolencia" y el esfuerzo por buscarse a sí mismos se transformó en "apatía". Cuando pude entender esta transferencia de angustia de estos cuarentones, su criticismo se reveló en su verdadera y torcida lógica y rápidamente se me volvió inofensivo.

Entonces empezó el comercio. Proveedores urbanos. Esas propagandas de Budweisser donde la gente remedaba los programas de televisión de los 60. Flavapalooza. La ironía, que era usada por gran parte de los jóvenes para hacer que las situaciones lúdicas se volvieran placenteras, fue usada por primera vez como un arma de ventas. Esta pornografía demográfica fue probablemente lo que los jóvenes percibieron más claramente en toda la explosión X. Quiero decir, estoy seguro, que otros movimientos marginales del pasado –el exceso de los 20 en París, los beatniks de los 50, los hippies de los 60, los punks de los 70– todos fueron mercantilizados al final, pero lo más duro era que los X fueran hipermercantilizados desde el principio. Para esa época mi teléfono comenzó a sonar con empresas que me ofrecían diez mil dólares y cuando llegaban al momento de encarar el tema de cómo vender la generación X, yo decía que no. (La GAP me pidió que hiciera un aviso. Resultaba tentador, pero fue elegantemente rechazado). A finales de 1991, después de que los dos partidos políticos hubieran llamado para pedir asesoramiento sobre los X, abandoné prácticamente todo discurso al respecto.

Y ahora estoy aquí para decir que los X han terminado. Quiero declarar una moratoria en todo este barullo, porque la idea de que ahora existe una generación –X, Y, K, cualquiera– ya no puede debatirse más. Kurt Cobain está en el cielo, *Slacker* en el Blockbuster, y nadie en los medios se refiere a quien tenga entre treinta y treinta y cinco años como un X. Lo que es solamente una prueba más de que los publicistas y periodistas nunca entendieron que X es un término que define no una edad cronológica sino una manera de mirar el mundo.

Ahora que estamos liberados del peso de ser X ¿qué hacer? Bueno, sigue siendo una buena política el continuar desafiando etiquetas: alguna vez la gente pensó que te habían atrapado, van a pensar también que pueden explotarte y usarte. (Sé bien de lo que hablo). Rechaza participar de todo debate generacional. En cuanto a la explotación mercantil, algo bueno de la sensibilidad X es que está siempre unos pasos adelante del juego de los medios de comunicación. Los comerciantes han aprendido a sacarles dinero a los viejos hippies, todo lo que necesitan hacer es tocar una canción de los Beach Boys y mostrar un clip sobre Vietnam. Con los X, ingenuamente siguen pretendiendo que cualquier generación se divierte participando activamente en su propia venta. Incorrecto. Dejen que X sea igual a X.

Se podría pensar que quienes llegaron a la mayoría de edad en los 60 se sorprenderían al ver cómo se adaptaba la noción de individualismo a un mundo cambiante. Por el contrario, todo lo que ven son monstruos. Andy Warhol dijo alguna vez que le gustaban las películas de ciencia ficción en las que el monstruo dejaba un huevo al final porque eso garantizaba una segunda parte. Bien, mis tres personajes no dejan ningún huevo al final de *Generación X*, pero tal vez alguien haya dejado otros huevos. Estoy pensando en millones de huevos de monstruos puestos por allí en el futuro, todos escondiendo criaturas pequeñas, viscosas y con cuernos deslizándose hacia alguna forma de verdad, incansables, en masa, emprendiendo una guerra contra las fuerzas de la estupidez.

Así que, por favor, sé un monstruo.

Traducción: Marcos Mayer

EN", TERCERA PARTE

LA POLEMICA

presentan lo "más serio" y lo mejor l humor nacional, ya que sin duda n los más exitosos. Programas como de Dolina, o el de Tato Bores, o Ka- l K serán entonces "menos impor- ntes" porque tienen menos rating. ada uno sabe qué elige a la hora de er o mirar TV.

Por otro lado, a esta altura de la his- ria argentina menospreciar una ven- de 10.000 o 15.000 ejemplares pa- ce reeditar aquella vieja historia de e estamos en el Primer Mundo. Ca- uno sabe en qué mundo vive.

¿Cuáles son los motivos del éxito de ntas de un libro? Hay muchos: la pro- a calidad del libro, el momento, la blicidad, la política editorial, la presencia en los medios, las críticas, etc.



Domingo 2 de julio de 1995

PRIMER PLANO///

EDITORES Y LIBREROS ANTE LA CRISIS

TAMOS MAL RO VAMOS BIEN

Tinelli, las cargadas telefónicas y los chistes de gallegos tienen al menos dos cosas en común: el éxito masivo y que el objeto de la burla siempre es el otro, "el distinto, el supuestamente tonto, inferior". Esto ocurre en un momento en el que el mayor representante del sindicalismo nacional dice que "la culpa de la recesión la tienen los extranjeros" casi el mismo día en que el titular de la selección dice que "no aceptaría gays entre los jugadores" y el Presidente lo apoya. Puede ser una casualidad. O una casualidad permanente, como dice el Presidente. Pareciera que es mejor reírse de "los otros", de "ellos", de "los que están abajo nuestro", "los distintos", "los brutos", que de los poderosos... Cada uno sabe por qué optar.

Según Mileo, "la gente opta por el humor para contrarrestar los climas sociales tenebrosos". Otros pensamos que el humor, los chistes, los cuentos populares sirven para "mostrar" una realidad mucho más que para contrarrestarla. Cada uno elige, aunque a veces el mejor camino no sea necesariamente "el más exitoso".

RUDY

* Ver **Primer Plano** del 16 de julio pasado, páginas 6/7.



LA MAS RECIENTE APARICION PUBLICA DE

SALMAN RUSHDIE

LIBERTAD DE FICCION

Un selecto grupo de invitados al Christ's Church College debatió con el autor de "Los versos satánicos" –aparecido por sorpresa, para su seguridad– el eufemismo con que los británicos designan el affair Rushdie: la libertad de ficción. Cansado e impaciente por terminar con una condena que ya lleva seis años, Rushdie no logró ponerse de acuerdo con el intelectual iraní Ziauddim Dardar y, durante una charla, vio cómo los estudiantes musulmanes abandonaban el salón ante su presencia.

GABRIELA CERRUTI,
desde Londres

La High Table del Christ.s Church College permanece inalterable desde hace tres siglos. La misma vajilla, los mismos cubiertos, la misma disposición de las autoridades y los invitados a su alrededor. En la cabecera, detrás del asiento del obispo rector, el retrato de su predecesor más famoso, el cardenal Walsei, cruzado contra el divorcio de Enrique VIII y la ruptura del gobierno inglés con el Vaticano, consagrando el inicio de una historia de tozuda independencia y orgulloso enfrentamiento de la Oxford University con el poder político. A la derecha del obispo, Nadine Gordimer. A la izquierda, Ronald Dworkin, profesor de jurisprudencia. Alrededor, un selecto grupo de diez invitados convocados a debatir los alcances y los peligros de la *Freedom of Fiction* (libertad de ficción), un eufemismo para designar la mayor obsesión de los intelectuales británicos en este siglo: el "affair Rushdie", la sentencia de muerte de los fundamentalistas iraníes que pesa sobre el autor de *Los versos satánicos.*

Son las seis de la tarde, la hora indicada para el inicio de la cena, y todos se paran detrás de sus asientos para recibir la bendición del obispo, cuando llega el último invitado. La formalidad del lugar y la situación no atempera el murmullo y los gestos de interrogación que se cruzan los invitados: *ese barbudo, un poco calvo, ¿no se parece demasiado a...?* Excluido de los anuncios y las invitaciones previas e intencionalmente rezagado por cuestiones de seguridad, Salman Rushdie ingresa al salón y se sienta en el único banco todavía vacío.

Después de seis años de vivir entre la amenaza y el temor, Rushdie está cansado e impaciente. Los amigos, como la premio Nobel de Literatura Nadine Gordimer o el escritor-estrella Martin Amis, lanzaron en las últimas semanas una ofensiva sobre el gobierno británico y los parlamentos europeos para que se busque una salida a la situación, convencidos de que se llegó al punto exacto en que todo puede convertirse en una catástrofe: Rushdie está cansado e impaciente. Y ésta es la antesala a algún acto suicida como podría ser la exposición pública, la provocación a los musulmanes o la resistencia a cumplir con las normas de seguridad impuestas desde el inicio de la cuestión.

Un poco de las tres cosas hubo en su presentación en el Christ.s Church. Nadie pudo hacerlo desistir de la idea de llegar hasta allí para contestar los dichos del intelectual iraní Ziauddim Dardar, profesor visitante de la University of Middle Essex. Dardar, representante de lo más progresista y liberal de la intelectualidad iraní, había publicado un mes atrás un artículo en *The Sunday Times* comparando la situación de Rushdie con la de una mosca atrapada en una telaraña: "La mejor estrategia es permanecer silencioso y esperar que la araña se olvide de su presencia". Sea porque lo comparaban con una mosca, o porque el consejo era la pasividad, lo cierto es que Rushdie se indignó con Dardar y, al mismo tiempo, se sintió desconsolado: si esto era lo que podía esperar de los liberales progresistas, quedaban pocas esperanzas de encontrar una solución negociada con los iraníes.

Para defender a sus coterráneos en una causa que parecería indefendible, Dardar se escuda en la última moda de la intelectualidad europea: el multiculturalismo. Víctimas de la posmodernidad y acomplejados por la incapacidad para entender fenómenos ajenos a los parámetros occidentales y cristianos, los europeos no cesan de practicar un mea culpa sobre el intento de universalización de los valores del Iluminismo. Allí apunta certeramente Dardar para explicar que el concepto de pluralismo y libertad de expresión es una idea eurocéntrica, ajena a una cultura donde todo, aún la libertad, está supeditado a los dictados del Corán.

Rushdie, educado en el multiculturalismo desde su infancia en la India, no tanto como una postura ideológica sino como una forma de resistencia alos dictados de la metrópoli, se niega a incluir "todos" los valores en este relativismo cultural. "Hay valores universales, y el respeto a la vida y la libertad están entre ellos", asegura. De todas formas, el debate tuvo poco de intercambio y se pareció mucho más a dos diatribas paralelas. El hindú clamaba indignado por su derecho absoluto a "escribir cualquier cosa, sobre cualquier tema y en cualquier lado" remitiendo a los ciudadanos el mismo derecho a no leer su obra, mientras el musulmán explicaba filosóficamente los principios del Corán que consideran "al hombre un ser con alma, y no una máquina como en Occidente" y se preguntaba "hasta qué punto a través de la ficción se puede hacer daño, hasta dónde llega la libertad de inventar".

Nadine Gordimer y Francis De Souza, presidente en Londres del Comité en Defensa de Rushdie y sus editores, intentaron pasar a los temas prácticos y plantear ideas para presionar a los gobiernos de Europa y Estados Unidos para que apliquen sanciones a Irán si el gobierno de ese país sigue negándose a descalificar la *fatwa,* la condena que lo obliga a vivir oculto desde hace seis años. A pesar de los anuncios semioficiales que el gobierno iraní viene haciendo desde principios de este año, nada concreto sucedió hasta el momento y la complicada situación interna del país asiático hace prever que nada sucederá en los próximos meses.

Aunque los diplomáticos iraníes instalados en Europa menean sus cabezas supuestamente escandalizados e impotentes para detener a los fundamentalistas mujaidines que persiguen a Rushdie, lo cierto es que el discurso interno es bien diferente y ningún miembro del gobierno "revolucionario" está dispuesto a aparecer cediendo a las presiones del gobierno de Bill Clinton o la Comunidad Europea. Por otra parte, las presiones de americanos y europeos no pasan de amenazas y el único país que tomó una iniciativa directa fue Noruega, expulsando al embajador iraní y retirando sus propios embajadores de aquel país. Pero lo que hagan noruegos y suecos en estos temas no tiene demasiada repercusión: cómodos en su rol de países campeones de los derechos humanos y las causas nobles, son mirados como el elemento pintoresco y *naïf* de una comunidad internacional regida por principios mucho más pragmáticos que idealistas.

La discusión entre Rushdie y Dardar sólo logró llevar un poco más de desánimo al resto de los invitados a la cena, que se prolongó públicamente en una conferencia que todos ellos compartieron a la mañana siguiente para los alumnos del College. Esta vez, la sorpresa provocada por la aparición de Rushdie fue aún mayor: algunos de los alumnos musulmanes sentados en las butacas de madera se levantaron y abandonaron el salón en señal de protesta por lo que consideraron una "provocación". Rushdie no se inmutó: "Yo sé que hay inconsistencia entre los musulmanes porque recibo todo el tiempo miles de cartas diciéndome que el libro les ha gustado".

Una joven iraní, a quien los años pasados en Oxford no se le notaban sólo en el acento británico de clase alta y la ropa comprada en Harvey, intentó una síntesis de "pensamiento iraní contado para europeos": repasó las ochocientas páginas del Corán, desgranó las doctrinas musulmanas sobre la libertad y la sumisión e intentó encontrar razones a la "ofensa" sentida por sus compatriotras. Pero le fue mucho más difícil justificar la sentencia de muerte o los tres millones de dólares que aguardan en un banco de su país al feliz asesino de Rushdie.

Al menos, su esfuerzo tuvo alguna recompensa cuando el escritor nacido en Bombay le regaló una copia de *Los versos satánicos* autografiada, con una recomendación: "Si te vas de vacaciones a Teherán, no lo lleves con vos. No quiero sentirme responsable de que tu solidaridad tenga que pasar de las palabras a los hechos"